



Que a veces nos pasa y por algo tan insignificante como aquella vez que nació en 1958, en la madrugada del domingo 14 de diciembre.

Que no es que fuese propiamente lo que me molestó puesto que yo misma me había cuidado tres años cuando nos conocimos, aunque el dato pudiera resultar, y resultó, bastante irrelevante porque él jamás se fijó mucho; no llevó la cuenta ni reparó en una minucia que figuraba en mi DNI, sí, y en el padrón, y en cualquier otro papelete alburdo de esos que se miran a veces, pero muy por encima y sin ponerse, así. Bien reparchingado uno en el sillón de orquídeas, y con las galletas muy bien puestas de modo que 'oh, vaya, cómo lamentó interrumpir... ¿qué libro estás leyendo?'

¿Conoce alguien a alguien que haya contestado 'el de familia, pero no te preocupes, me vendrá bien un pequeño descanso?'

Su amiga Mercedes



“Doña Merceditas” para todas las demás niñas y para todas las demás madres.

Para Ernestina no porque hasta donde le alcanzaba la memoria Mercedes había sido como de la familia... o más aun; más aún porque las tías, las hermanas de *papá* y de *mamá*, como auténtica familia que eran tenían entre sí sus diferencias, sus desacuerdos, sus pequeñas rencillas y envidiejas arrastradas desde la infancia por cuestiones tan tontas como que el abuelo este o aquella abuela ya paterno o materna o viceversa había querido más, mimado más o elogiado más los encantos, las habilidades, las **gracias** de Remedios o de Bárbara que la seriedad, el aplomo o la sensatez de Loreto o el sentido de la puntualidad de Florita...

Y eso nada más en cuanto a hermanas, las unas con las otras, que en cuanto a cuñadas las cosa se complicaba más si cabe porque Aniceto, el tío Aniceto, había que estar de acuerdo y se estaba, era un dechado de bonhomía pero, ella, Melinda...